
NUESTRO MANIFESTO

CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

NUESTRO MANIFIESTO

Contenido

Introducción	3
I. El evangelio no recibido del hombre.....	6
II. El evangelio no inventado por hombre	17
III. Aplicaciones practicas	25

© Copyright 2009 Chapel Library; Pensacola, Florida. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera Antigua.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

Chapel Library

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

NUESTRO MANIFIESTO

*Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio
que ha sido anunciado por mí,
no es según hombre.
(Gálatas 1:11)*

Introducción

Es para mí el más triste espectáculo ver a San Pablo obligado a defender su apostolado, y defenderlo, no ya solamente de los ataques de un mundo incrédulo y escéptico, sino de los de miembros fríos y porfiadores de la iglesia. Se buscaban mil pretextos para rebajar su persona y su obra. No era realmente un apóstol, se decía, porque él no había visto al Señor. ¡Como si sus trabajos permitieran dudar de su vocación divina! Para afirmar los derechos que se le niegan o se desconocen, es por lo que tiene que encabezar todas sus epístolas con las palabras: “Pablo, apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios, escogido para anunciar el evangelio.”

Hermanos míos, si Dios se ha dignado servirse de nosotros para conducir a él a muchas almas, y no obstante, ciertos cristianos ponen en duda la vocación que hemos recibido de lo alto, seguramente su desconfianza con respecto a nosotros no podrá menos de sernos muy sensible; seremos “probados como en un horno;” pero aún así. no nos aflijamos “como si alguna cosa extraordinaria nos sobreviniese.” ¿No se presta mil veces más a la crítica nuestro ministerio que el apostolado de San Pablo? Si este

menosprecio nos alcanzara, lo soportaremos con gozo por el amor de nuestro Maestro, y recordaremos que ha sido la suerte de muchos de nuestros antepasados. Hasta faltaría el sello divino a nuestro ministerio si no recibiéramos el homenaje inconsciente de la enemistad, que el presente siglo siempre reserva a todo fiel servidor de Jesucristo. Cuando el diablo no es inquietado por nosotros, no se inquieta él de nosotros. Si no trabajamos para sacudir su reino, él está tranquilo y nos deja gozar de una paz sin gloria. Hermanos míos, que el ejemplo del apóstol de los gentiles nos instruya y nos conforte. Asimismo nosotros somos llamados a trabajar entre los gentiles de nuestro siglo, y entendamos que lo que Pablo sufrió es, en cierto modo, el tipo de lo que nos espera también a nosotros.

Pero no es solamente durante su vida que encuentran detractores, los más eminentes cristianos, es también después de su muerte. El antagonismo del mundo contra la verdad y contra sus anunciadores es Inmutable. Se decía con desdén hace más de diez y ocho siglos: “¿Quién es Pablo?” Todavía se dice hoy. ¿No es muy frecuente, en efecto, encontrar hombres que se colocan abiertamente en oposición a San Pablo? Recuerdo mi sorpresa cuando por primera vez vi a alguien, de inteligencia muy mediocre por cierto, decirme con la mayor desenvoltura: “Sobre este asunto no estoy de acuerdo con Pablo.” Miré al individuo con estupefacción. Que semejante pigmeo osara hablar así del gran apóstol, me parecía inaudito. Aun descontada la inspiración de Pablo, se hubiera dicho que era un acaro contradiciendo a un querubín, o un puñado de heno disputando con el fuego. Jamás hubiera creído que se pudiera ostentar tan desvergonzadamente la fatuidad. Pero, aunque fuesen apoyados por los más sabios críticos, los ataques contra San Pablo no influirían gran cosa sobre nosotros; nuestra confianza en él no sería quebrantada, ni sería menor nuestra firme convicción de que no estar de acuerdo con el gran apóstol es no estar de acuerdo ni con el Espíri-

tu Santo ni con el Señor Jesús, de quien Pablo no era más que fiel intérprete. La persistencia con que son atacados sus escritos es muy notable, y nos advierte, lo repito, de que cuando hayamos entrado en nuestro reposo, nuestro nombre no estará al abrigo de injurias, ni nuestra enseñanza de la contradicción. La memoria de las más nobles vidas se ve a menudo profanada por la calumnia. No nos apenemos más por el juicio que los hombres formen de nosotros en vida, ¿qué de aquel con que nos gratificarán después de todo? Nadie será capaz de disminuir nuestro valor moral, si no somos nosotros mismos. Lo esencial es que nos conservemos puros delante de Dios; todo lo demás no merece la pena de dedicarle un pensamiento.

Entrando más de lleno en nuestro texto, digamos ante todo. que al tomar las palabras del apóstol, no pretendemos hacerles conservar toda la significación que él pudo darles; pero, sea como sea, hay un sentido en el que todos nosotros, así lo espero, podemos decir: “Mas, os hago saber que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre.” No solamente se nos permite apropiarnos este lenguaje, sino que es necesario que podamos hacerlo con absoluta sinceridad. En boca del apóstol Pablo, esta declaración equivale a un sermón. El afirma, asegura. Es como si dijera: “Creed en mi palabra: el evangelio que he anunciado no viene de los hombres.” Sobre este punto no quisiera que hubiera ninguna duda. ninguna equivocación ninguna incertidumbre.

Según el contexto, es evidente que el apóstol aludía, desde luego, a su conversión; mas quiso al mismo tiempo afirmar dos cosas: primera, que *nadie puede recibir el evangelio por medio de los hombres*; segunda, que *el evangelio mismo no ha sido inventado por los hombres*. Primeramente procuraré hacer resaltar estas dos enseñanzas de mi texto y después sacaremos *algunas conclusiones prácticas*.

I. El evangelio no recibido del hombre

San Pablo afirma, desde luego, que nadie puede recibir el evangelio por medio de los hombres. No hay duda que, tomando el asunto desde un punto de vista que yo llamaría exterior, es posible recibirlo por mediación humana. La bendita influencia de unos padres piadosos, la de un instructor de escuela dominical, de la predicación evangélica y de la lectura de un buen libro, no se pueden negar. Con Pablo no se empleó ninguno de estos medios, sino que fue llamado directamente por el Señor Jesucristo, hablándole desde el cielo y revelándose a su alma.

Realmente, fue mejor que el suceso ocurriese así y que Pedro, Jacobo y Juan no intervinieran para nada en su conversión, de manera que no ensalzase más que a Cristo sólo. Pero, si ninguno de nosotros puede decir, en un sentido tan absoluto como el apóstol: “Yo no recibí ni aprendí el evangelio de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo,” todo cristiano puede, a lo menos en cierta medida, emplear el mismo lenguaje. También nosotros hemos sido hechos capaces de recibir la gracia de Dios por una potencia superior a todas las potencias humanas. Los hombres han hecho llegar las palabras del evangelio a nuestro oído, pero Dios mismo ha sido quien lo ha aplicado a nuestro corazón. El mejor de los santos hubiera sido impotente para hacerla penetrar en nuestra alma, de tal modo que fuese regenerada, convertida, santificada. Ha sido necesario un acto especial del Espíritu Santo, para dar eficacia al instrumento humano y para hacer que la verdad opere en nuestra alma.

¿Será menester que lo diga? Nadie recibe el evangelio por derecho de nacimiento. Podemos ser hijos de un padre piadoso, de una santa madre, sin ser por ello hijos de Dios. “Lo que es nacido de la carne, carne es” y no otra cosa. Sólo “lo que es nacido del Espíritu es espíritu.” Verdad es que si escuchamos a ciertos padres, sus hijos no tienen necesidad

de conversión. Hablan de ellos como si no estuvieran contaminados por el pecado original, como si fueran nacidos de Dios desde el seno de su madre, y como poseyendo un germen de gracia divina que sólo necesitan desenvolver. En cuanto a mi se refiere, lamento tener que decir que mi padre jamás tuvo de mí tan buena opinión. Bien pronto pudo comprobar que yo era nacido en pecado, formado en la iniquidad e inclinado a toda especie de mal. Mis maestros y mis amigos pudieron convencerse de que la locura reinaba en mi corazón, y, por otra parte, yo mismo no tardé en hacer tan triste descubrimiento. La idea de que nacemos con una buena naturaleza, aunque contraria a la Palabra de Dios, así como a las confesiones de fe oficialmente admitidas, gana terreno más aprisa de lo que se cree. Hay predicadores que no atreviéndose a formularla decididamente, la miran, sin embargo, con simpatía; es para ellos una hipótesis plausible que haya productos de la carne tan sumamente elevados que el nuevo nacimiento por el Espíritu no les es indispensable. La tácita admisión de esta creencia es un grave peligro para nuestras iglesias, porque conduce directamente a la idea de un cristianismo hereditario. Cuando los jóvenes sean admitidos sin conversión, en una iglesia cualquiera, en masa, como una cosa completamente natural, esa iglesia pronto será nada más que un trozo de mundo con etiqueta de cristianismo. ¡Ojalá que no lleguemos a esto jamás! Una religión que no es más que una herencia de familia vale bien poca cosa. La verdadera posteridad divina la forman los que “no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios” (Juan 1:13). La fe que hemos recibido no es simplemente una fe de tradición. Puede muy bien ser que tengamos una genealogía cristiana de las más auténticas; puede que descendamos de varias generaciones de creyentes, de confesores y de mártires; podremos gloriarnos de esto delante de los hombres, pero delante de Dios no sirve de nada. El cristiano, en cuanto al orden espiritual, no

tiene más padre que el Señor mismo, ni ha recibido el evangelio por ninguna filiación ni parentesco carnal, sino por la sola potencia de Dios.

Nadie debe tampoco recibir el evangelio basándose en el testimonio de uno o de varios hombres. Hermanos míos, ¿admitís tal o cual artículo de fe, porque lo enseña Calvino? Si así lo hacéis, os aconsejo tengáis cuidado con el fundamento de vuestro edificio. ¿Creéis tal o cual doctrina porque Juan Wesley la predicó? Si es así, estáis en el caso de tener que examinaros a vosotros mismos. Dios no tiene más que un modo de revelarnos su verdad: por su Santo Espíritu. Sin duda que será útil y provechoso saber lo que tal o cual doctor ha creído. La opinión de un teólogo erudito, clarividente y juicioso no es de desdeñar. Su parecer vale tanto como el mío, y debo tenerlo en cuenta. No rechazemos jamás a la ligera lo que un hombre de Dios ha enseñado. Pero de esto a decir: “Yo creo bajo la autoridad de tal o cual individuo,” hay mucha distancia. Cuántos cristianos jóvenes y sin experiencia toman por gulas, en la senda de la verdad, a sus padres o sus pastores, y no es que me parezca mal; pero si queremos llegar a ser “hombres hechos en Jesucristo,” sobre todo si queremos enseñar a otros, es necesario que “dejemos lo que era de niño” y que aprendamos a volar con nuestras propias alas. No aceptemos sin examen el juicio de nadie; escudriñemos las Escrituras para ver si lo que leemos u oímos está conforme con ellas (Hech. 17:11); después, pidamos a Dios la gracia necesaria para apropiarnos de cada una de las verdades del evangelio de tal modo que vengan a ser personalmente nuestras. Entonces podremos decir verdaderamente con el apóstol: “El evangelio que ha sido anunciado por mí no es según hombre: es mi Señor mismo quien lo ha grabado en las más íntimas profundidades de mi alma.”

Hay otra manera de ponerse bajo la tutela de los hombres, de la que se habla mucho en nuestros días. Se nos dice: “No debéis aceptar ninguna doctrina si no es enseña-

da por la Iglesia.” Mas, ¿qué es la iglesia, sino una reunión de hombres? La iglesia se nos presenta, pues, como una autoridad suprema. Lo que ella sanciona, no debemos ponerlo en duda; lo que ella decreta, estamos obligados a aceptarlo. Esto es la enseñanza de San Pablo tomada al revés: es el evangelio recibido, no de parte de Dios, sino de parte de los hombres. Y notad el proceso que se nos recomienda. Para asegurarnos de la verdad de un dogma se nos invita a remontarnos hasta el origen de la iglesia visible, y esto pasando por este gran receptáculo de impurezas llamada la Iglesia Romana. Aunque la verdad sea limpia y transparente como una fuente de agua viva, no se me permite ir directamente a calmar en ella mi sed; tengo que seguir el fangoso canal, donde lo que se ha convenido en llamar “la iglesia” ha vertido siglo tras siglo sus errores, sus invenciones y sus apostasías. Hermanos míos, ¿de que una doctrina haya sido aceptada por una de esas sociedades mundanas que han usurpado el nombre de iglesia cristiana, se sigue que esa doctrina sea verdad? ¿No será más bien motivo para no admitirla sin gran desconfianza? No, no recibimos la revelación de Dios porque una sucesión de padres, doctores, monjes, abades y obispos la hayan recibido antes que nosotros; esta sucesión nos lleva a los tiempos apostólicos. Nos gozamos cuando descubrimos que entre esos venerables personajes los hay que han creído y enseñado la verdad de Dios; pero este hecho en sí no es lo que la hace verdad para nosotros. Con el apóstol nosotros decimos y repetimos: “El evangelio que ha sido anunciado por mí, no es según hombre.” La iglesia, en cualquier sentido que se tome la palabra, no será jamás, para nuestra conciencia, la autoridad soberana. No es así como hemos aprendido a Cristo.

Pero pasemos a otro orden de ideas. San Pablo declara implícitamente en un texto, que él recibió el evangelio por una acción particular del Espíritu Santo en su alma. Hermanos míos, quiero creer que todos los presentes hemos

tenido la misma experiencia. Ciertamente, no me atrevería a afirmar que en una asamblea numerosa como ésta en que nos hallamos no hubiera un Judas; y creo que haríamos bien en hacernos cada uno por su propia cuenta, y con santa desconfianza, la pregunta de los discípulos: ¿Soy yo, Señor? De todos modos, quiero creer, repito, que, en mayor o menor grado, sentimos todos que hemos recibido la verdad por enseñanza interior del Espíritu Santo. Recordamos ¿no es así? la época en que se hizo la luz en nuestra alma, cuando por primera vez nos reconocimos perdidos. Este fue el principio de nuestra educación espiritual. ¡Ah!, esas sombrías doctrinas que sirven como precioso joyel de la gracia, ¿podremos olvidar jamás la impresión terrible que produjeron en nosotros? Por mi parte, desde la infancia me creí pecador, porque había sido educado cristianamente; pero desde que el Espíritu Santo comenzó a obrar en mí, me sentí aplastado por el sentimiento de mi pecado. A menudo temblaba oyendo hablar de la Ley de Dios y de sus exigencias, mientras una profunda convicción de mi indignidad me oprimía el corazón. Veía, por decirlo así, mi fealdad moral, y ¡qué espectáculo era ese! Me sentía culpable, “ya condenado” bajo el peso de la maldición. El terror y la angustia, luego el remordimiento y la vergüenza, se apoderaron de mí. Reconocía que todo lo que dice la Escritura sobre el pecado y el castigo por él merecido era absolutamente cierto, y esta terrible verdad no me la enseñaron los hombres, sino el Espíritu de Dios mismo.

Es el mismo Espíritu, hermanos míos, el que también nos ha hecho recibir la inefable doctrina de la paz, por la preciosa sangre de Jesús. Se nos había hablado, y aun quizás habíamos hablado nosotros mismos, del gran amor, del sacrificio expiatorio de “Aquel que ha llevado nuestros pecados sobre su cuerpo en el madero.” Pero vino un momento en que caímos de rodillas al pie de la cruz, cuando contemplamos como con nuestros ojos el querido rostro del Crucificado, cuando sumergimos nuestra mirada en la

suya desbordante de ternura, y tocamos, en cierto modo, las manos y los pies que fueron horadados por nosotros. ¡Oh!, fue entonces, cuando vimos al Señor Jesús sufriendo por nuestras ofensas, que se nos descubrieron los grandes misterios de la redención y de la expiación, llegando a ser para nuestra alma venturosas realidades.

Los siervos de Dios que están ya en la gloria, que nos han predicado el evangelio, lo hicieron con potencia y fidelidad; se esforzaron en conducirnos a Cristo; mas revelar al Hijo de Dios a nuestra alma, les hubiera sido tan imposible como crear un mundo nuevo. Sólo Dios podía realizar esta obra; así, desde el fondo de nuestro corazón, decimos con el apóstol: “Os hago saber, hermanos, que el evangelio que ha sido anunciado por mí, no es según hombre.”

Nuestros progresos espirituales nos vienen, igualmente, del Espíritu Santo. Después de nuestra conversión ha continuado en nuestro ser moral un trabajo interior. Sentimos cómo se opera en nuestra inteligencia un crecimiento gradual del evangelio. No dudo, hermanos míos, que estudiáis comentarios, que leéis obras de cristianos eminentes; sólo con esta condición, vuestros discursos valdrán la pena de ser oídos o leídos. Mas si nuestros conocimientos espirituales son de buena ley, no pueden proceder más que de Dios. ¿Qué podríamos aprender de las cosas divinas, si Dios mismo no nos instruyese? Si una verdad nos fuera explicada por el más experto profesor, ¿no sería necesario que el Santo Espíritu la hiciera penetrar en nuestra alma? Al dejar la universidad, no habéis cesado de estudiar; vuestro gran Instructor es el Espíritu Santo. De nuestros profesores humanos podemos recibir la envoltura o la forma exterior de la religión, es decir, la teología; pero sólo el Santo Espíritu puede hacernos capaces de asimilar verdaderamente el evangelio.

El Espíritu de Dios nos da las más dulces lecciones, particularmente en nuestras horas de soledad y recogimiento. ¿No os ha ocurrido nunca, mis queridos amigos,

quedar admirados y como inundados de gozo, cuando en el silencio de vuestra cámara meditáis las Sagradas Escrituras? Parecía, ciertamente, que las puertas de oro de la ciudad celestial se abría para que entrarais. En verdad, la instrucción que recibíais no venía de los hombres, ya que estabais a solas con Dios y no teníais delante otro libro que la Biblia. Apenas si se puede decir que nuestro espíritu meditaba; olvidando todo lo que os rodeaba, absortos en Dios, os complacíais en beber con delicia la copa que él os presentaba. Algunos minutos pasados así, recogiendo en silencio las enseñanzas del Señor, atraen sobre el creyente los más ricos tesoros espirituales que no hubiera logrado en largas horas de profundos estudios e indagaciones. La verdad se parece a esas grandes grutas y cavernas de stalactitas, cuya descripción nos admira, dejándonos hasta un poco incrédulos; se necesita entrar y ver por uno mismo si se quiere conocer realmente sus maravillas. Si os aventuráis en su interior sin más guía ni luz, corréis graves peligros; pero a la luz de las antorchas y acompañados de un guía experto, vuestra exploración tendrá el mayor interés. Vuestro guía comienza por haceros recorrer un pasillo estrecho y sinuoso, por donde no se puede pasar más que de rodillas. Pero, repentinamente, os halláis en una sala magnífica; y a la luz de las antorchas veis centellear y refulgir por todas partes Innumerables piedras con los reflejos más variados. Contempláis admirados esta arquitectura grandiosa de la naturaleza, esas catedrales imponentes que no han sido hechas por la mano del hombre. Y mientras vagáis sorprendidos por el vasto palacio, entre elegantes columnas y piedras preciosas, sentís cuánto le debéis agradecer a vuestro guía y a su luminosa antorcha. Así es como el Espíritu nos “guía a toda verdad” esparciendo su luz sobre lo eterno y misterioso. Tales lecciones son inolvidables y los que las han recibido no corren el peligro de ser estremecidos por la vocinglera incredulidad.

Sin embargo es, sobre todo, en la escuela de la aflicción donde el Señor educa a sus hijos. Mucho apreciamos la meditación: ella es como la plata, pero la aflicción es como el oro fino. La aflicción produce no sólo la paciencia, sino también la prueba (Rom. 5:3, 4), es decir, la experiencia, la cual no es otra cosa que una comprensión profunda e íntima de las verdades de Dios. ¿Sabéis, hermanos míos, lo que es estar clavado en el lecho de dolor, presa de grandes sufrimientos, tan agudos que por poco que hubieran aumentado no lo hubierais podido resistir? En estos momentos en que la carne desfallece, ¿no os ha sucedido, al apoyar vuestra cabeza dolorida en la almohada, sentir os tan profundamente dichosos que a menos de ser arrebatados al tercer cielo no lo fuerais más? Tal vez fue un texto de la Escritura que reanimó vuestra fe; se os apareció repentinamente, como una estrella en medio de la tempestad, y comprendisteis que sólo el Señor pudo darle su bienhechora influencia. Así, a medida que la promesa luminosa esclarece vuestra alma, el dolor físico, el abatimiento moral, todo queda olvidado; y abismados en un reposo pasivo, os decís, “todo lo puedo en Cristo, que me fortalece.” En el desierto de la prueba, hay un lugar, hermano mío, que no podrás olvidar. En él crece una zarza: es una cosa poco atrayente, pero para ti es sagrada, porque desde ella el Señor ha hablado a tu alma. Como la zarza ardiente de Moisés, la tuya estuvo toda encendida pero no se consumía. Jamás olvidarás las lecciones recibidas junto a la zarza ardiente de la prueba. Hasta se puede preguntar si el cristiano conoce alguna verdad como se debe conocer antes de que el Espíritu Santo la haya grabado en su corazón con el hierro candente del sufrimiento. Hay métodos de enseñanza que nos son muy agradables; pero éste es, indudablemente, el mejor para implantar la Palabra en el fondo de nuestra alma, de tal modo que viene a mezclarse en toda nuestra vida. Entonces, no solamente creemos el evangelio, sino que vivimos de él y por él. El ha vivificado nuestro

corazón: así cada latido de ese corazón le pertenece. No ponemos en duda ninguna de sus doctrinas, ¿cómo podríamos hacerlo desde que vive en nuestra alma y colora toda nuestra existencia? Si el diablo quiere insinuar objeciones, ¿qué importa?, no somos nosotros los responsables de sus ardides; además, su voz no tiene atractivo alguno para nuestro oído espiritual. Cuando el alma está completamente impregnada de la verdad divina, ya no es accesible a esas dudas que en otro tiempo la atormentaban como dardos envenenados.

También es cuando el cristiano se entrega al servicio de su Maestro que el Espíritu le enseña a recibir plenamente todo el sistema doctrinal contenido en el evangelio. Hermanos míos: si no creéis en la doctrina de la corrupción humana, explorad detenidamente nuestras grandes ciudades, mirad de cerca los bajos fondos, y yo os aseguro que ya no la pondréis en duda. Si no creéis en la absoluta necesidad de la acción del Espíritu Santo para regenerar los corazones, id y predicad el evangelio a un auditorio culto y educado, que escuchará con gusto vuestra retórica, pero seguirá tan mundano y tan frívolo como antes. Si no creéis en la doctrina de la expiación, acercaos a ver cómo mueren los creyentes, y os convenceréis de que la cruz de Cristo es su último refugio y la sangre de Cristo su única esperanza. Si no creéis en la elección de la gracia, andad entre las multitudes y observad cuáles son las almas que se convierten; casi siempre son aquellos que a la vista humana están en peores condiciones. He aquí un hombre que os dice: “Yo no tengo padre, ni madre, ni hermanos, ni amigos, que se ocupen de las cosas de Dios. Pero, —entonces preguntáis, —¿cómo ha sido usted conducido a la salvación? —Oí, por azar, una palabra en la calle— os responde; —esta palabra me impresionó y me hizo temblar ante Dios.” He aquí la elección de la gracia. Y así como sucede esto en cuanto a la conversión, ocurre igual con la santificación. Es imposible explicar, si no es por una elección particular, por qué

ciertos creyentes penetran en el recinto interior del templo, mientras otros se quedan en los atrios exteriores; por qué éstos brillan como antorchas en la iglesia, y aquéllos nunca serán más que pálidas lucecitas. Cada día se cumple esta palabra. “Los postreros serán primeros.” Los santos que más han amado a su Maestro son aquellos a los que ha sido perdonado mucho. La mujer que había sido una gran pecadora fue la única que lavó los pies de Jesús. Un fariseo puede llegar a ser un cristiano ordinario; pero hay no sé qué especial encanto en la piedad del alma que ha llorado mucho por sus pecados. El Señor es dueño soberano de sus dones. El hace lo que le place, tanto fuera como dentro de la iglesia, y nosotros no tenemos más que inclinarnos ante su cetro. Como más avanzado en la vida, más convencido y seguro estoy de que la salvación es absoluta y completamente una obra de gracia, y que el Señor concede esta gracia “según su buena voluntad”.

Todavía una palabra: Algunos de entre nosotros pueden declarar que el evangelio no les ha venido de los hombres, con tanta mayor certidumbre, porque en ciertos momentos han sentido estar penetrados de una potencia y de una unción divinas. Espero que no nos dejemos dominar jamás por nuestras impresiones accidentales, y que no llegaremos a ser juguete de una credulidad enfermiza. Dios nos ha dotado de juicio, y debemos servirnos de él en todas las circunstancias. Pero dicho esto, no es, después de todo, menos cierto que algunas veces se desprenden de la Palabra de Dios, como efluvios sobrenaturales. Puede ocurrir en una época grave y solemne de nuestra vida: cuando hemos de tomar una de esas decisiones que influyen en toda nuestra existencia: abrimos la santa Escritura para buscar en ella consuelo y dirección. Un pasaje que habríamos leído cien veces antes, se adueña de nuestro espíritu y domina todos nuestros pensamientos. Es para nosotros como la estrella polar para el navegante: nuestras perplejidades se desvanecen, nuestro viaje se ha hecho fácil.

Entonces sentimos que el Evangelio no es un simple libro como los demás, sino la misma voz de Dios todopoderoso, dirigiéndose precisamente a nuestra alma. Por mi parte, puedo decir que ciertas promesas de Dios son más dulces a mi memoria que la miel a mi paladar, porque recuerdo lo que han sido para mí en horas de amargura: ellas me han animado en mis desfallecimientos, me han armado de valor para la lucha, me han preparado para toda clase de sacrificios. Ciertamente, me parece como si hubieran sido escritas expresamente para mí, pues se adaptan tan bien a las necesidades de mi alma como los dientes de una llave se adaptan a la cerradura. Muchas veces, cuando Jesús me habla por el evangelio, apenas puedo persuadirme de que no le conozco personalmente. Aunque sé que nació en Bethlehem de Judea, no deja de parecerme que el Bien Amado de mi alma es de mi mismo país, del mismo pueblo que yo, que hemos vivido siempre juntos y compartido todas nuestras impresiones. Pero al mismo tiempo descubro en Jesús una naturaleza infinitamente superior a la naturaleza humana, una simpatía que no se puede comparar a ninguna simpatía terrestre. El penetra en las más íntimas reconditeces de mi corazón; soy ante él como un libro abierto. El me consuela como un amigo de toda la vida pudiera consolar. El desciende en mis dolores más profundos y se eleva a las más altas cimas de mis alegrías. Yo tengo en mi corazón secretos que sólo él conoce. Este maravilloso poder que el Señor Jesús ejerce sobre nosotros por medio de su Palabra, esta unción santa que le comunica en ciertos momentos, es quizás la prueba más concluyente de que esta Palabra nos viene de parte de él y no de los hombres.

Y ¿qué es la unción? Hermanos míos, temo que ninguno de los presentes me puede ayudar a definirlo. ¿No es realmente imposible hacerlo? Sin embargo, sabemos descubrir muy bien dónde hay unción y dónde no la hay. Sin ella, la santa Escritura nos parece seca y árida; pero

cuando la unción de lo Alto perfuma sus páginas, todo queda cambiado; ese Libro sagrado viene a ser su propio intérprete, su propio apologista, la confirmación y la prueba de su divinidad. El obra sobre el alma regenerada como ninguna palabra humana lo puede hacer. Aunque hagamos de ella un uso constante, le encontramos una frescura y energía siempre nuevas. Muy especialmente, nos comunica una potencia santificante, prueba irrecusable de que procede del Dios tres veces santo. Las disertaciones de los filósofos pueden enseñarnos lo que es la santidad; sólo la Palabra de Dios nos enseña a santificarnos. Los predicadores cristianos pueden exhortarnos a crecer en la gracia continuamente: únicamente el evangelio nos da los medios de hacerlo. La Palabra de Dios no es solamente nuestra regla de conducta: el Espíritu Santo hace de ella una fuerza activa que purifica nuestro corazón. Así se explica esta declaración del Señor Jesús: “Ya vosotros sois limpios, por la Palabra que os he hablado” (Juan 15:3). Cuando hemos sido así purificados, entonces sabemos con ciencia cierta que el evangelio es verdad y que nos viene de Dios. Todos los tratados de apologética nada añadirían a nuestra convicción, puesto que poseemos en nosotros mismos el testimonio de los testimonios, “la demostración de las cosas que no se ven,” el sello de la verdad eterna.

Pero me he extendido tanto en la primera parte de mi discurso, que necesariamente habré de abreviar la segunda.

II. El evangelio no inventado por hombre

Si bien San Pablo afirma en mi texto que él no había recibido el evangelio por medio de los hombres, ciertamente quiso decir también que ese mismo evangelio no ha podido ser inventado por los hombres. Sobre este punto voy a presentaros varias sencillas observaciones.

Si alguno está inclinado a creer que el cristianismo es una religión como otra cualquiera, que compare de buena

fe la Sagrada Escritura con las supuestas revelaciones divinas. ¿Lo habéis hecho alguna vez, hermanos míos? Por mi parte, muy a menudo invito a nuestros estudiantes a hacer dicho estudio comparativo. Les digo: “Leamos hoy un capítulo del Corán.” Hace falta en verdad tener un espíritu sumamente entenebrecido para admitir que tal fárrago sea de divina inspiración. Lo poco familiarizado que se esté con el Antiguo y Nuevo Testamentos, se reconocerá oyendo un pasaje del Corán, que se está en presencia de un pseudo profeta. El Dios que inspiró el Pentateuco no puede tener nada que ver con ciertos párrafos del libro sagrado de los mahometanos. Uno de los más modernos pretendientes a la inspiración, es el Libro de los Mormones. Si os leyera en voz alta una página de ese memorial, no tendría por qué reprenderos, si os viera presa de un acceso de risa loca.

¿Conocéis hermanos, el Protoevangelión y otros libros apócrifos del Nuevo Testamento? Suponer que el más pequeño en el reino de los cielos pudiera confundir esas obras de falsarios con el lenguaje del Espíritu Santo, sería ofenderle. Varias pretendidas revelaciones me han sido remitidas por sus autores (hay más gente con presunciones de profetas de lo que se cree) pero ninguno de ellos, os lo aseguro, ha dejado en mí la más leve sospecha de que pudiera ser el sucesor de Pablo o de Juan. Si tenéis algún discernimiento espiritual, no confundáis jamás los libros divinos con ningún otro. Si alumbra vuestra alma un rayo de luz divina, tendréis que reconocer en las obras de la inspiración, un toque, una manera, un colorido, que no proviene de los hombres. ¿Dudará alguien esto que digo? Que tenga la bondad de escribimos un quinto Evangelio. O bien, que uno de nuestros poetas contemporáneos, componga un nuevo salmo, semejante, hasta el punto de poderse confundir con los salmos de David. Yo no veo por qué esto no puede hacerse, pero estoy segurísimo de que no se hará jamás. Se nos pueden dar nuevos cantos, pues cantar las alabanzas de Dios, es como un instinto de la vida

cristiana; pero a igualar la belleza de los cantos inspirados de David, no se llegará nunca. Así, pues, decimos con San Pablo, que el evangelio, y por extensión todas las “Escrituras”, no han venido de los hombres.

Mas, se me objetará quizás: “Usted se aparta del asunto. No se trata de libros sino de doctrinas. El Evangelio significa la buena nueva de la salvación. Pero no todos comprenden la salvación como usted. Hay un evangelio mucho más ancho que el que ustedes predicán.”

Lo sé, hermanos míos. Yo sé que hay un evangelio más ancho que el mío, un evangelio que considero como una falsificación humana del evangelio de Dios. ¿Y a qué conduce? Se acusa de estrecho el sistema de doctrinas conocido con el nombre de calvinismo; pero ese reproche no me preocupa en lo mínimo, pues precisamente se nos habla en la Palabra de Dios de puerta estrecha y de camino estrecho. Mas cuando habéis seguido este camino y traspasado el umbral de esta puerta, ¡qué prados deliciosos, qué “aguas de reposo” se extienden ante vuestra vista! Bien vale la pena el hacerse pequeño para llegar a este punto. Los sistemas humanos, por el contrario, tienen una puerta muy ancha, pero no conducen a nada que sea sólido y seguro. He oído a varios predicadores cuyos llamamientos pudieran resumirse así: “¡Venid, almas desconsoladas!, mas cuando hayáis venido, seguiréis igualmente desconsoladas porque la vida eterna no se os puede asegurar y toca a cada uno de por sí procurarse la salvación.” ¿Será necesario decirlo? Este evangelio es el que viene de los hombres; no tiene ninguna relación con la Buena Nueva de salvación por Jesucristo, ni merece compararse con ella.

Sabemos también que nuestro glorioso Evangelio no procede de los hombres, porque las verdades que enseña son más profundas que las que el espíritu humano ha inventado jamás. Aun aquellos de nuestros semejantes que más se han distinguido por la originalidad de sus especulaciones no han llegado a imaginar el verdadero Evangelio.

Si el plan de la salvación es tan sencillo como pretenden algunos críticos, ¿cómo es que ni los egipcios ni los chinos tuvieron de él una remota idea? Los espíritus superiores a menudo coinciden; ¿cómo es, pues, que en ninguna época, otros espíritus superiores han coincidido con los que se llamaron Moisés, Isaías y San Pablo? Si, como se nos ha dicho, las verdades evangélicas no ofrecen nada notable, no me explica, lo confieso, el que los filósofos de Persia e India no las hayan presagiado; ni encontremos de ellas la más leve huella entre los sabios de Grecia. ¿Cuáles son, en efecto, los sabios del mundo pagano que hayan soñado jamás la doctrina de la gracia? ¿Han adivinado ellos, la encarnación y el sacrificio del Hijo de Dios? No; ninguno de ellos, que sepamos, ni aun con la ayuda del Libro inspirado, ha enseñado un sistema religioso que glorifique a la vez la justicia, el amor y la soberana gracia de Dios. Los discípulos de Mahoma han admitido, es cierto, una especie de predestinación, pero degenera para ellos en un ciego fatalismo; y si bien han conocido la verdad fundamental de la unidad de Dios, no han soñado jamás ni entrevisto un plan de redención tan justo por parte de Dios y que, a la vez, sosiegue tan bien la conciencia, como la sustitución del Señor Jesús en el puesto del hombre pecador.

Otra prueba concluyente, a mi parecer, es esta: el evangelio es inmutable, mientras que todo lo humano es transitorio. Cuando el hombre inventa un sistema filosófico o religioso (y se entretiene gustoso en ello, como los niños en fabricarse juguetes) ¿qué hace con él? Al primer momento está asombrado de su invención; mas pronto lo hace pedazos para reconstruirlo de otra manera, y así repite indefinidamente esta operación. Las teorías religiosas de lo que se llama “el Pensamiento Moderno” o la “nueva Escuela” son tan vagas y ondulantes como las brumas de las montañas. ¡Cuántas veces no ha cambiado la ciencia hasta en sus bases! La ciencia tiene la especialidad de destruir hoy, científicamente, lo que ayer daba como cierto y posi-

tivo. Yo me he divertido a veces, en mis momentos de ocio, leyendo antiguas obras de historia natural; no hay cosa más curiosa. Lo que era verdad en otros tiempos, es error en la actualidad; y, sin embargo, la historia natural no es de ningún modo una ciencia abstracta. Dentro de veinte años, algunos de los presentes se burlarán, probablemente, de las teorías científicas de la época actual, así como nosotros nos burlamos de las del siglo pasado. Tal vez no esté lejos el tiempo en que la doctrina de la evolución será la risa de la juventud de nuestras escuelas. Esto es igualmente cierto con respecto a la teología moderna, que, en ciega idolatría dobla la rodilla ante “la falsamente llamada ciencia.” En cuanto a nosotros, hermanos míos, lo declaro desde el fondo del corazón, las verdades que hemos predicado desde hace cuarenta años, las predicaremos sin cambiarles nada, hasta el fin de nuestra vida. Además, afirmamos que el evangelio anunciado por Jesús y sus apóstoles, es el único evangelio digno de este nombre que existe sobre la tierra. Los eclesiásticos y teólogos han alterado el evangelio de tal modo, que si no viniera de Dios, ya hubiera sido ahogado por la mentira; pero es la obra del Señor y por eso es inmutable. Todo lo que es humano se parece a la luna que cambia de aspecto en cada una de sus fases; pero la verdad cristiana no procede de los hombres; por lo tanto, es la misma ayer, hoy y por los siglos.

El evangelio no puede venir del hombre, añadiremos aún, porque rebaja singularmente su orgullo. Los sistemas humanos adulan al hombre, pero el sistema divino dice la verdad. ¡Cómo ensalzan la dignidad humana los soñadores de hoy! ¡Qué grande es el hombre! ¡Qué sublime! Pero presentadme una sola sílaba de la Palabra de Dios, que ensalce al hombre pecador. Por el contrario, le rebaja hasta el polvo y afirma categóricamente su estado de condenación. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Es “excluida”. La puerta está cerrada para el orgullo. La glorificación de la naturaleza humana es ajena a las Escrituras, cuyo principal objeto

es la gloria de Dios. Dios es todo en el evangelio que yo anuncio, y espero que él sea también “todo en todos” en cada uno de vosotros. Hay también falsos evangelios en que el trabajo y la gloria son repartidos entre el Creador y la criatura, en que la salvación no es completamente gratuita; pero en nuestro evangelio “la salvación viene de Jehová” y solamente de él. El hombre no hubiera podido jamás ni querido inventar un sistema religioso que le rebajase para no honrar ni glorificar más que al Señor; esto, me parece una evidencia incontestable.

Lo que prueba también que el evangelio no procede de los hombres es, que no hace al pecado ninguna concesión, que no tiene para él ninguna condescendencia. He oído decir de un europeo que se hizo mahometano, porque le agradaba la poligamia permitida por el profeta árabe. La perspectiva de tener cuatro mujeres, puede, en efecto, atraer a muchos individuos, en los que las consideraciones espirituales no harían ningún efecto. Si predicáis una doctrina que hace concesiones a la carne y que considera el pecado como un error y no como un crimen, tendréis oyentes solícitos. Si ofrecéis la absolución a poca costa y la paz de la conciencia al precio de algunos sacrificios anodinos, vuestra religión pronto llegará a estar de moda. Pero nuestro evangelio declara que “la paga del pecado es muerte,” que la vida eterna es un “don de Dios,” y que este don lleva consigo el dolor del arrepentimiento, el odio al pecado y el despojamiento de nuestras malas inclinaciones. Nuestro evangelio nos dice que todo hombre tiene que nacer de nuevo, que sin el nuevo nacimiento será eternamente perdido, mientras que con él obtendrá la vida eterna. Nuestro evangelio no admite excusa ni indulgencia para el pecado; lo condena en absoluto. No ofrece ningún perdón por otro medio que por la gran expiación del Hijo de Dios, ni da ninguna esperanza al que conserva secretamente en su corazón un pecado oculto sea cual fuere. Cristo ha muerto por el pecado, es necesario que nosotros muramos al pe-

cado, sin lo cual nunca seremos salvos. El siervo de Dios que quiera predicar fielmente la gracia, debe predicar “también la ley.” No podéis anunciar en su plenitud la salvación por Cristo, si no es colocando el Sinaí al fondo del cuadro y el Calvario en primer término. Las almas deben sentir todo lo odioso y terrible que es el pecado, antes que puedan apreciar el gran sacrificio que es el punto central de nuestro evangelio. Siendo que todo esto no es del agrado del hombre, que se deleita en el pecado, ¿no tendremos derecho a sacar la conclusión de que el evangelio no es invención humana?

El hecho de que las verdades cristianas están al alcance de los pobres y de los ignorantes prueba también que estas verdades no proceden del hombre. En todas las épocas, el pobre ha sido desatendido. La sociedad no ha tenido en cuenta suficientemente sus necesidades ni sus derechos. Si las regiones celestes se pudieran reservar a ciertas clases privilegiadas, con exclusión de las demás, no puedo menos de preguntar si nuestro parlamento no promulgaría una ley encaminada a este fin. Pero hay una cosa que ninguna ley humana podrá arrebatarse al pobre; es el evangelio del Señor Jesucristo. Aquí reina la verdadera igualdad. “A los pobres es anunciado el evangelio,” dijo el Salvador mismo. Precisamente esta característica de la Buena Nueva es lo que desagrada a muchas gentes; desprecian las doctrinas que el vulgo puede entender. Necesitan lo profundo y abstracto. Tenemos necesidades intelectuales —nos dicen— nos hacen falta obreros evangélicos que sean más cultos e ilustrados. Esos predicadores van bien para el pueblo; pero los que somos espíritus superiores necesitamos una predicción que esté a la altura de la época actual. En otras palabras, el predicador de su elección será un hombre que no anuncie el evangelio sino de una manera encubierta, ambigua y confusa; porque de otro modo se correría el peligro de que los pobres lo pudieran comprender, y puede que tuvieran la indiscreción de invadir un lugar de culto fre-

cuentado por “la alta sociedad”. Hermanos míos, el evangelio de Dios no reconoce grandes ni pequeños, ricos ni pobres, blancos ni negros, sabios ni ignorantes. Si demuestra alguna preferencia, es por el pobre y el oprimido. ¿No dijo su fundador: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado a los niños? (Mateo, 11:25). Imitando a nuestro Maestro nosotros alabamos a Dios por haber escogido “lo vil del mundo y lo menospreciado” (1 Cor. 1:28). A menudo oigo decir de cierto predicador a la moda, pero cuyo auditorio es muy reducido, que “hace una gran obra entre los jóvenes pensadores.” Confieso que no creo gran cosa en la existencia de estos “jóvenes pensadores”, porque generalmente he hallado en los que tales se creen, más de fatuidad que de pensamientos notables. Además, no es a los jóvenes en particular, ni a las jóvenes, ni a los ancianos a quien soy encargado de anunciar el evangelio: es a “toda criatura”, y, por lo tanto, no debo limitarme a ninguna edad ni a ninguna categoría. En este sentido, el evangelio que predico es amplio como la humanidad; no hace selección ni exclusión alguna, ni atribuye menos valor al alma de un deshollinador o de un barrendero de la calle, que a la del Lord Mayor o la de Su Majestad.

Finalmente, podemos afirmar que el evangelio no viene de los hombres, por la simple razón de que les es antipático. “El mundo ama lo que es suyo,” pero ha sido siempre hostil al evangelio, y todavía lo es hoy. Lo que más amargamente odia el hombre natural, es la gran doctrina de la salvación por gracia, sobre todo si se le agrega la terrible palabra de elección. Sed osado a decir: “Dios tendrá misericordia del que tendrá misericordia y se compadecerá del que se compadecerá” (Rom. 9:15). Al punto os cubrirá de anatemas la crítica indignada. El discípulo de la religiosidad moderna, no sólo rechaza con todas sus fuerzas la doctrina de la libre gracia de Dios, sino que se alza contra

los que la anuncian. ¡Cómo!, predicar la elección del Padre, la expiación del Hijo, la regeneración por el Espíritu Santo; pero esto es intolerable! Si queréis ver hombres que pierden completamente el dominio de sí mismos, predicad un sermón sobre la soberana gracia de Dios, ante una reunión de teólogos de la nueva escuela. Un evangelio disfrazado por los hombres será bien recibido por ellos; pero el evangelio de Dios, es tan antipático a nuestra vieja naturaleza, que hace falta nada menos que una operación divina sobre el espíritu y sobre el corazón, para hacernos capaces de recibirlo en toda su integridad.

No intentéis, mis queridos amigos, hacer el evangelio agradable a los hombres carnales. No ocultéis el escándalo de la cruz; de otro modo perdería su eficacia. Los ángulos y las esquinas del evangelio integran su fuerza; recortarlos es quitarles su potencia. Atenuar la verdad, no es afirmarla, sino matarla. Si quitáis a Cristo del cristianismo, el cristianismo es muerto. Si suprimís la gracia del evangelio, ya no hay evangelio. ¿No gustan vuestros oyentes de la doctrina de la gracia? Servídsela doble. Cuando el enemigo desacredita cierta clase de cañones, la autoridad militar obra sabiamente defendiendo sin demora el país con esta máquina de guerra. Un gran general, al presentarse un día ante su rey, se enredó con su larga espada y tropezó. —Vuestra espada es molesta —le dijo el soberano—. Señor, a menudo la han hallado así los enemigos de Vuestra Majestad— respondió el general. Si el evangelio, esta “espada del Espíritu”, molesta a los enemigos de nuestro Rey, ¿quién de nosotros va a dolerse de ello?

III. Aplicaciones practicas

Para terminar tenemos algunas aplicaciones practicas.

Queridos amigos: puesto que el evangelio viene directamente de Dios, aceptémoslo con una fe cada día más firme. ¿Podéis esperar que llegaréis a comprenderlo por

completo? Evidentemente que no. Nuestra inteligencia es semejante a una estrecha poterna que da entrada a una gran ciudad fortificada. Las grandes verdades de la revelación no pueden ser mutiladas para hacerlas pasar por la poterna; además, el estrecho portillo no tiene las dimensiones necesarias para ello. Pero, felizmente, nuestra ciudad tiene puerta monumental, bastante ancha para dar paso al Infinito y Eterno: ésta es la fe. Renunciad, pues, al loco empeño de hacer penetrar en vuestra inteligencia por los esfuerzos de vuestra razón limitada, lo que podría tan fácilmente entrar en vuestro corazón por medio de la fe. Nosotros, que atacamos el racionalismo, no nos dejemos llevar por el afán de raciocinar demasiado; por otra parte, ¿hay algo menos racional que jactarse de recibir las cosas de Dios, a fuerza de razonamientos? Admitidlas fundados en el testimonio divino; y si tales doctrinas os turban, aun si se oponen a vuestros sentimientos naturales, no las rechazéis por eso. No toca a nosotros decir lo que debiera ser la verdad de Dios; limitémonos a aceptarla tal como él nos la ha revelado.

Otra observación. Si recibimos completamente el evangelio, dispongámonos a sufrir la oposición de parte de los hombres, particularmente de una persona que nos es muy cercana y muy querida, es decir, de nosotros mismos. Existe cierto “viejo hombre” que vive aún en cada uno de nosotros, y que no ama ciertamente la verdad, antes bien, demuestra una especial afición a la mentira. Un agente de policía, hombre piadoso y amable, me decía en cierta ocasión, que cuando se veía atacado e insultado por el populacho “sentía como si un hueso del viejo hombre se agitara en él.” ¡Ah!, ¿quién de nosotros, hermanos míos, no conoce este hueso, este resto de nuestra naturaleza corrompida? La carne está siempre en guerra con la verdad, porque no se ha reconciliado con Dios, ni tampoco puede hacerlo. Reguemos al Señor que nos haga vencer nuestro orgullo, a fin de que su Palabra habite en nosotros, a despecho de

nuestro corazón malvado. En cuanto a la oposición del mundo, no nos causa espanto, no esperamos de él otra cosa. Por mi parte, estoy perfectamente armado de coraza contra ella. El capitán de un navio no se inquieta si le salta encima un poco de espuma.

Recordad también,, hermanos míos, que si no habéis recibido de Dios mismo el evangelio que anunciáis, no podréis pensar que se lo haréis aceptar a los demás. No os creerán, a menos que vuestras palabras vayan acompañadas de la virtud de lo Alto. Mas si vuestra fe procede del Espíritu Santo, proseguid vuestra tarea con valor; los que se esfuerzen en ponerlos estorbo serán derribados, estad seguros de ello. Sostenidos por el Señor, podemos desafiarlo todo, sofismas y tentaciones, lisonjas y amenazas. Opongamos a nuestros adversarios una santa obstinación y tendrán que renunciar a su propósito de seducirnos. Podrán llamarnos mojigatos y aun idiotas; pero, ¿qué nos importan semejantes epítetos, sabiendo que nuestros nombres están escritos en los cielos?

Por último, saquemos esta conclusión de nuestro texto: puesto que el evangelio nos viene de Dios, podemos confiar con toda seguridad en sus promesas. Si procediera de los hombres, seguramente defraudaría nuestras esperanzas. ¿Habéis puesto alguna vez vuestra esperanza en uno de vuestros semejantes, sin teneros que arrepentir? ¿Habéis jamás buscado apoyo en el brazo de la carne sin haber tenido que reconocer muy pronto que el mejor de los hombres no es más que un hombre, al fin y al cabo? Mas las verdades contenidas en el evangelio, siendo divinas, son ciertas e imperecederas. La Palabra de Dios nos es suficiente para vivir y para morir. Confiemos más y cada vez más en el Señor y en él solamente. Si hemos sido iluminados por su gracia, tenemos necesidad de otras bendiciones. Volvamos a este mismo Maestro a fin de que nos enseñe las cosas más profundas de la salvación. Afirmemos decididamente nuestra fe en el éxito del evangelio que nosotros

hemos recibido. Así como ha obrado en nosotros, ¿por qué no obrará también sobre el mundo? Aun cuando la iglesia visible, en su totalidad se hiciera apóstata, no desesperemos. En cierta ocasión en que Roma estaba cercada por los enemigos, y los pueblos de alrededor entregados al pillaje, fue puesto en venta un trozo de tierra. No parecía fácil hallar comprador, pero, a pesar de todo, un ciudadano la compró y aun la pagó a buen precio. Los invasores estaban allí, pero el patriota no dudaba de que serían muy pronto desalojados. —¿Que destruirá el enemigo la República de Roma? ¡Veamos, pues! ¡Que se atreva a intentarlo!— Hermanos míos, tengamos la misma viril confianza con respecto al evangelio de la salvación. El Dios de Jacob es nuestro alto refugio y nada podrá resistir su potencia. La cruz de Jesucristo es nuestra única bandera, y estamos ciertos de que esta bandera no será vencida jamás, porque el mismo Jehová es el que la defiende. La verdad de Dios es invencible. ¡Avanzad, pues, poderes de las tinieblas, y vosotros, los ejércitos del adversario! ¡Que unan sus esfuerzos la incredulidad, la crítica, el clericalismo y el racionalismo! Nada nos hará temer: la Palabra de Dios no pasará jamás: el evangelio de Jesucristo permanecerá para siempre.

